



LA GRAN MENTIRA

J. R. Aramberri

Es sabido que, en los últimos años, la política ha suscitado poco interés entre los intelectuales europeos. Sin embargo, la cuestión de la URSS ha sido una importante excepción. Bastaba darse una vuelta por las librerías parisinas durante el invierno pasado para darse cuenta. Es cierto, como podría objetarse, que ya han pasado diez años desde que A. Soljenitsin publicase la primera entrega de su *Archipiélago Gulag*, y no pocos desde que los *nouveaux philosophes* entraran a saco en sus páginas escalofrian-

tes para trazar una línea recta que lleva desde esas islas del Diablo hasta las obras de Marx, según los viejos procedimientos de la responsabilidad objetiva. Pero lo nuevo es que, de las verdades sin reflexión de aquél pope laico y de las amalgamas montadas por los nuevos inquisidores al estilo de los procesos de Moscú, sin duda para recordar aquellos años en que algunos de sus miembros bautizaban orgullosamente con el nombre de Beria la célula maoísta en que militaban, se está pasando a un análisis más reflexivo, menos encendido de la realidad de unas sociedades en las que nadie desamirarse.

El reciente libro de F. Claudín¹ sobre la oposición en el *socialismo real* se inscribe con justicia en ese esfuerzo porque la rectitud de la razón se yerga sobre las pasiones del corazón. Su

trabajo es, ante todo, crónica de un movimiento, aún mal conocido en Occidente y no sólo por la derecha, cuyos actos preocupan seriamente a los regímenes de Oriente y los enfrentan con situaciones nuevas y mal conocidas. De disidencia, ese movimiento ha pasado a ser creciente oposición, enfrentamiento activo y organizado con la gran mentira de la unanimidad social que los partidos comunistas habrían sabido crear en torno suyo en estas sociedades donde, se dice, se despliega en todo su esplendor la dictadura del proletariado. Esa fría crónica sólo deja entrever el valor moral, el coraje de esas mujeres y hombres que se enfrentan, cada cual desde sus propias convicciones, al aparato político más globalmente totalitario que haya conocido la historia europea. Pero Claudín no ha tratado de escribir un libro edificante y, tal vez por ello,

sus análisis resulten más esclarecedores.

Claudín no duda en nombrar el nombre de las cosas, un nombre tan fácil de pronunciar y tan difícil de decir, en especial para la gente de izquierda. Y así afirma algo que raramente oímos salvo que, a renglón seguido, lluevan precisiones y matices: que ni la URSS ni ninguna otra de las sociedades que se han ido forjando a su imagen y semejanza, en la mayor parte de los casos bajo la *tutela* del Ejército rojo, tienen nada que ver con lo que tradicionalmente ha sido el ideal socialista. Y aún algo más: que los opositores merecen no sólo respeto, sino también solidaridad, cosa que tampoco suena a gloria en los oídos de una izquierda demasiado convencida de que esas extrañas gentes, de alguna forma oscura, sólo acabarán por beneficiar con sus actos a las sociedades capitalistas de Occidente. Que no levanten la voz, no sea que aproveche a Reagan o a la Thatcher; que tengan cuidado con lo que dicen y hacen, no vayan a poner en peligro la necesaria distensión. Argumentos utilitarios que ninguno de nosotros aceptaría caso de estar sufriendo en propia carne una dictadura en la que se impide el ejercicio de las más elementales libertades. Argumentos que sólo son exigencia de buenas digestiones para las gentes de izquierda, esas mismas que, con razón, vuelven horrorizadas de unas cortas vacaciones en los países del Este, pues de allí sólo parecen venir contentas las derechas que ven cumplido su ideal de orden y seguridad personal, y los académicos menos favorecidos que con-

templán con envidia las gabelas que recompensan el adocenamiento intelectual.

Por eso estimula que Claudín afirme tajantemente que el *socialismo real* no es socialismo, tarea inicial de limpieza de escombros en la que ha de basarse toda ulterior discusión sobre su verdadero ser. El autor se limita, y yo creo que hace bien, exclusivamente a lo primero, aludiendo sólo de pasada a la interminable polémica segunda. Para evitar que el culteranismo, la erudición o la miopía doctrinaria impidan ver el bosque, Claudín se remite a las cuatro reglas básicas de la observación. ¿Son esas sociedades en las que puedan ejercerse las libertades sin temor a que no sea el lechero quien llame de madrugada? ¿No? Pues entonces son dictaduras. ¿Es la clase obrera quien controla los recursos económicos y ejerce el poder? ¿No?, pues no son dictaduras del proletariado, sino de una minoría de la sociedad que dice ejercerla en nombre de aquél. ¿Cabe que el resto de la sociedad pueda tener vida propia y organizarse al margen de los cauces permitidos por esa minoría del partido? ¿No?, pues es una dictadura totalitaria, más que ninguna de las hasta hoy conocidas, que niega con torcidos razonamientos hasta la posibilidad de montar grupos de teatro leído o sociedades excursionistas no controladas por el aparato. ¿Se impone por la fuerza de los tanques ese modelo a otras sociedades, a las que no se permite ejercer el derecho de autodeterminación? ¿Sí?, pues es una dictadura imperialista, por más ayuda que haya podido prestar a algu-

nos pueblos que luchaban por su liberación nacional contra el imperialismo europeo o yanqui.

Todas esas son nociones elementales, de manual, y, sin embargo, todavía hoy hay muchos sectores de la izquierda que las consideran impertinentes. Ahora bien, es necesario recuperarlas si queremos movernos con una mejor correlación entre palabras y acciones, con la mínima rigidez semántica que permita evitar, si es posible, una ulterior perversión del lenguaje marxista que, hoy, puede utilizarse para un barrido lo mismo que para un fregado. Que se lo pregunten a los miembros de aquellas sociedades que automáticamente traducen revolución por dictadura, partido por carrerismo y corrupción, internacionalismo proletario por sumisión a la fuerza de Moscú o marxismo por la granjería dialéctica que permite legitimar todas esas cosas.

Lo que la oposición hace, ante todo, es buscar ese rigor semántico y tratar de derivar de él sus objetivos y los cauces de su propia actividad. De esta última pueden distinguirse dos etapas. La primera, desde el octubre polaco y húngaro de 1956 hasta la invasión de Checoslovaquia en 1968, fue una etapa de confianza en la capacidad reformadora de los partidos comunistas, de cuyo interior, se esperaba, habrían de brotar fuerzas encaminadas a la transformación del sistema. Era como pedirle a Dillinger que se convirtiera en vigilante jurado de bancos, y la ingenuidad de la exigencia habría de ponerse pronto de manifiesto. La segunda, desde 1968,

ha buscado cauces de organización y resistencia externos al entramado partidario. Con una expresión común a la mayoría de los opositores, de lo que se trata es de reconstruir la sociedad civil, un objetivo de fuertes resonancias gramscianas. Conviene no confundirse. Para la izquierda europea sociedad civil es, ante todo, el sistema de las necesidades, el del intercambio desigual, el de la atomización frente al momento más universal de lo público; en definitiva, el régimen del mercado con todas sus limitaciones. Por el contrario, para sus usuarios del Este, reconstrucción de la sociedad civil equivale a liberar a las fuerzas sociales del estrecho corsé en que quiere confinarlas el aparato estatal, a dar libre cauce a la autoorganización de la sociedad, aplastada por la losa de las instituciones soviéticas: que los obreros puedan sindicarse y hacer oír su voz en las fábricas y los estudiantes en sus centros de enseñanza; que la creación cultural sea libre y pueda ser libremente dada a conocer, sin pasar censura; que los medios de comunicación den una información veraz sin silenciar lo mal visto o lo que, por definición, no puede existir en el seno del régimen; que la gente pueda asociarse para perseguir esos objetivos. Todo eso, aún en un alto grado de indefinición, es lo que significa reconstruir la sociedad civil y no la del capitalismo, aunque algunos (los menos) de los opositores así lo pretendan y el régimen se esfuerce en mostrar que ése es el objetivo de todos.

Por tanto, la primera demanda natural de todos los

tipos de oposición no puede ser otra que el respeto a las libertades públicas que, para mayor inri, están recogidas en la constitución de esos países, aunque la eficacia de sus preceptos no diste mucho de la que tenían en el Fuero de los Españoles. Ese es el primer paso y explica que las distintas oposiciones puedan agruparse unitariamente en organismos encaminados a la vigilancia de esas libertades y la denuncia de sus infracciones.

En esta tarea deberían encontrar el apoyo de todos aquéllos que piensan que la democracia es un bien que no debe ser limitado por las fronteras geográficas, y está para algo más que el consumo casero.

¿Cuáles son las perspectivas de la oposición? Su vida es, lo sabemos, harto difícil pero, pese a todo, crece en profundidad y extensión. Pero, ¿podrá conocer un rápido ritmo de desarrollo sin chocar con el tope de la represión creciente; sin que en los países de la zona de influencia de Moscú pueda convertirse, como ya ha sucedido varias veces, en una intervención militar abierta? Es pronto para contestar, pero no hay razones para un insensato optimismo

El crecimiento de la oposición enfrenta a los dirigentes del Kremlin con una difícil alternativa. Cerrar los ojos a sus actividades, tolerarla, más aún, permitirle poner el pie en el terreno de la legalidad supone, a la corta, reforzarla y hacerla crecer; por el contrario, acudir a una escala de represión, a un grado de represión aún mayor del existente, amén de difícil, puede redundar en una dis-

minución de la legitimidad de un régimen que carece de asideros firmes para defender los privilegios del grupo dominante. A la larga la represión puede acabar por reforzar a la oposición. Cogida en esta alternativa cornuda, la dirección de los partidos comunistas y, en especial, la soviética, vacila entre las exigencias de distensión y los apremios del tiempo. Por el momento, en el caso de Polonia, que también es un caso especial por su historia reciente y por la forma misma en que se limitó desde el comienzo la implantación del stalinismo, parecen haberse decidido por una contemporización belicosa, combatiendo hasta el fin por cada palmo de terreno finalmente cedido y esperando que las flaquezas o divisiones del adversario le permitan recuperarlo.

Pero no es menos cierto que el ambiente está cargado de tensión, y no hay que ser profeta para saber que todos los síntomas empujan hacia un enfrentamiento. El objetivo de recomponer la sociedad civil no puede por menos de traspasar los límites de lo aceptable para las direcciones comunistas, pues su dinámica lleva hacia la organización al margen de los únicos cauces posibles, que son los del partido. Hoy, la construcción de sindicatos de tipo muy especial en Polonia, lo que es ya una bomba de relojería bajo los cimientos de los otros regímenes soviéticos; mañana, sin duda, aparecerán partidos que desafíen el monopolio de los comunistas... que es precisamente el límite infranqueable. Algún tipo de confrontación parece, pues, irremediable. La sabiduría de la oposición

dependerá de saber abordarla en las mejores condiciones posibles, que no pueden ser otras que la máxima extensión popular de sus exigencias y el refuerzo de los lazos de unión, incipientes pero no menos reales, que se dan ya entre las oposiciones de los distintos países. Especialmente importante, sin duda, será que las oposiciones en la URSS crezcan hasta el punto de intimidar o coartar a los dirigentes del Kremlin si se deciden a una intervención militar.

Ante esto, tal vez la izquierda occidental no pueda proponerse otro objetivo que el de la solidaridad, que empiece por exigir un conocimiento objetivo de lo que sucede en el Este, y sigue por la defensa, sin segundos pensamientos, del derecho de *todos* los opositores a expresar públicamente sus opiniones, por poco que pueda gustarnos lo que algunos de ellos digan. Tal solidaridad necesita, ante todo, librarse de los mitos mezquinos que todavía están presentes en el inconsciente de la izquierda, especialmente el de que la oposición en el Este terminará por hacer el juego de la derecha. Como remata Claudín su libro, «en realidad, quienes hacen el juego a la derecha son aquellos que coinciden con ella en conceder el diploma de socialismo a las dictaduras totalitarias del Este».

¹ Fernando Claudín: *La oposición en el «socialismo real»*, ed. Siglo XXI. Madrid, 1981.

ALEGATO APASIONADO EN FAVOR DE LA RAZON

Reyes Mate

La condición humana, para Miguel Angel Quintanilla, es la de habérselas necesariamente con la razón. En este negocio todo humano tiene que desarrollar sus talentos so pena de renunciar a su propia naturaleza. Frente a la razón no se puede optar o apostar. O se está en ella o no se está, y pobre del que no esté.

Lo que ocurre es que de la razón se puede hablar de muchos modos... Hoy por hoy, sin embargo, la razón es la ciencia, estamos en la era de la razón científica. El propósito del autor del libro *A favor de la razón* es un ajuste de cuentas con todos los elementos irracionales hoy presentes. Esa irracionalidad habita en sectores cercanos a la ciencia, tales como esos sistemas, de pensamiento representativos de la racionalidad moderna, como, por ejemplo, en el neopositivismo de Sir Karl Popper, y en aquellos otros, más lejanos del mundo técnico-científico contemporáneo, como puede ser la religión.

El libro está compuesto de una serie de artículos, realizados en distintas circunstancias y tiempos, pero que tienen por tema común la preocupación de «interiorizar en la ciencia lo que generalmente se considera externa a ella»; esto es, lo

que al autor llama *la praxis*, concepto generoso en el que el autor coloca la dimensión ética, la definición de objetivos y la política del quehacer científico. A lo largo del libro se hace presente la polémica que tuvo lugar en la Alemania de finales de los años sesenta entre los epígonos de Karl Popper, mentores del «racionalismo crítico», y la Escuela de Frankfurt, si bien el autor salmantino opta, de la mano de Lakatos y, sobre todo, de Mario Bunge, por un «racionalismo materialista».

Dos tesis subyacen a la reflexión del autor: la primera, que «la realidad humana es, de hecho, la racionalidad científica». A la hora de describir la naturaleza del concepto científico recuerda «que éstos son autosuficientes por lo que respecta a su sentido»; el sentido, pues, no les viene de fuera. De la ciencia forman parte, igualmente, las operaciones con las que se engarza, y de la ciencia es igualmente la obligación de producir conocimientos verdaderos.

Esta tesis de base que identifica razón con ciencia está lejos de ser, sin más, evidente. La razón no siempre ha sido científica y esta identificación entre razón y ciencia es una de las posibles lecturas de la Ilustración, cuyos límites no se le deben escapar a un filósofo de la ciencia. Las críticas de Hegel a la «ilustración frustrada», y de la Escuela de Frankfurt a la «razón instrumental», no parece que hagan mella en el autor ni merezcan mayores consideraciones.

La segunda tesis reza así: «Una caracterización adecuada de la ciencia nos lleva